La retención del niño en la escuela

¿Por qué los niños abandonan la escuela? La pregunta no es nueva y ha sido reiterada con mayor o menor persistencia desde hace algunos años. Las numerosas leyes referentes a la educación obligatoria reconocen la existencia de la cuestión, aunque no presenten solución alguna para ella.

Las respuestas a aquella pregunta de tanta transcendencia no son tampoco nuevas. Se ha hablado repetidamente de maestros incompetentes, de condiciones escolares inadecuadas, de programas de estudios arcaicos, etc. Respecto a los dos primeros puntos, nada tenemos que decir, pues en la actualidad, los maestros son, por lo general, competentes y las condiciones de la escuela son, también, generalmente bastante atractivas. La tercer crítica, que se refiere a los programas arcaicos, no es tampoco digna de mayor atención.

Se ha reprochado mucho tiempo a la obra de las escuelas públicas su naturaleza poco práctica, que no se adapta ni interesa a los niños a que se destina. Recomendemos estas dos palabras, puesto que adaptar e interesar son el punto de apoyo de la mayoría de las críticas. Se afirma que el actual curso de estudios no se

ENRIQUE FEINMANN.
vincula lo suficiente a la vida moderna; que no consigue ofrecer al alumno una preparación de valor utilitario; que el alumno es recargado con estudios meramente culturales; y que, por esas razones, la escuela no se adapta o no interesa a los niños que la frecuentan.

El reciente desarrollo de las escuelas manuales agrícolas, polítécnicas y otras es en gran parte una respuesta a esta crítica de las condiciones corrientes. Aún en las escuelas rurales se hace por lo menos trabajos en madera y a veces modelados, mientras en las grandes ciudades hay cursos que varían desde la forja hasta la costura, y desde la cocina hasta el martillado del cobre.

Si fuera cierto, entonces, que la falta de esta clase de instrucción es la causa de que los alumnos abandonen la escuela, es evidente que bastaría agregarla al plan de estudios, para suprimir o disminuir el éxodo. Pero los hechos demuestran que no ocurre así.

El establecimiento de esos variados y atrayentes órdenes de actividad no ha conseguido detener la marejada que sale de las escuelas para desparramarse en los negocios y la calle. A pesar del agregado de los estudios y oficios que los utilitarios sugieren, los alumnos de la escuela elemental sobrepasan por gran mayoría numérica a los de las escuelas superiores.

En ciudades como los Angeles, Albany y Denver, por ejemplo, donde estas ideas han sido puestas en práctica, hay aún un gran número de alumnos que anualmente abandonan las escuelas antes de haber terminado su educación en la escuela común.

Hay, pues, alguna otra razón, además de las enunciadas, que nos ayudará a resolver el problema original. ¿Por qué los niños abandonan la escuela? Indudablemente la hay, pero para comprenderla, es necesario una breve reseña de algunos principios fundamentales.

El deseo de independencia existe y aumenta en todos los niños mayores.

En temprana edad se manifiesta en cierto grado y se vuelve particularmente fuerte en determinados períodos de desarrollo del niño. El primero, es cuando el niño comprende que la escuela significa trabajo y que el trabajo se opone a la diversión y al entretenimiento.
La retención del niño en la escuela

Permanecer sentado en el aula durante un cálido día de verano cuando se podría estar paseando o pescando, es una prueba de perseverancia bastante severa para el común de los muchachos. Si se les dejara abandonados a su voluntad muy pronto se entregarían a alegres jiras por el campo. Las consideraciones que contienen al niño son principalmente las del castigo que recibiría en el hogar y en la escuela. Dedicarse a pescar en verano o a patinar en invierno, durante horas que se debería consagrar a la adquisición de conocimientos, es considerado por todos los padres como una grave falta de conducta que merece un severo castigo. Y en vista de este hecho, el niño ahoga sus deseos naturales y permanece en la escuela.

El segundo impulso de rebeldía contra el confinamiento, se presenta cuando el niño comprende su posibilidad de ganar salario. Sus gustos entonces, que son diferentes y las diversiones que desea, importan inevitablemente gasto de dinero. Entre ellos, el primero, es el deseo de ir bien vestido. Al hijo del pobre que no ha tenido en su infancia más que un par de pantalones sostenidos malamente por un tirador, se le representa un «traje completo» como una de las mayores riquezas. Además, se necesita dinero para entrar en el teatro, en el cinematógrafo y en otros espectáculos que ahora llaman su atención.

Pero el más fuerte de todos los impulsos viene del creciente interés que manifiesta el joven por las personas del otro sexo. Para acompañar a alguna amiga a los paseos, en las exposiciones o en las confiterías se necesita algún dinero que no siempre tiene a su disposición el joven que asiste a la escuela.

Así, el alumno empieza a irritarse, y a rebelarse anhelando libertad. Manifiesta mala voluntad en sus lecciones y encuentra faltas en sus maestros. Como su mente está principalmente ocupada con la cuestión de los medios, sus ideas se vuelven casi por completo utilitarias. La geografía y la historia, le parecen temas aburridos, porque no vé la relación directa que pueden tener con su futura o su actual capacidad para ganar un salario. La gramática le aburre, no sólo porque es un estudio difícil sino también porque le parece poco práctica y porque, como la mayoría de las enseñanzas de las escuelas comunes, es difícil estimar su utilidad para ganar dinero.
Es preciso tener presente que el principal deseo del muchacho en esta época, es el de ganar dinero, ser económicamente independiente, estar provisto de fondos para satisfacer sus nuevos gustos.

En estas circunstancias, ningún programa de estudios bastará para retenerlo en la escuela, a menos de que tenga la larga y suficiente previsión de apreciar las ventajas que le reportará en su porvenir la terminación de los estudios escolares.

No importa lo práctico de la enseñanza manual, ni lo completo del curso de oficio; la misma objeción persistirá: el joven no permanecerá en ninguna escuela ni seguirá curso alguno, mientras no haya asegurado la independencia económica que desea.

No se supondrá que muchos alumnos jóvenes y sin mucho desarrollo mental, poseerán la previsión y la madurez de juicio que los inducirán a hacer un sacrificio actual, teniendo en cuenta la ventaja en el futuro. El joven no tiene, generalmente, experiencia, capacidad o juicio, para que le guíen a este respecto. No puede comprender, y por lo común, no creerá, que el graduado en la escuela superior posee una capacidad para ganarse la vida superior a la del egresado de la simple escuela elemental. Todo lo que sabe es que tiene oportunidad para conseguir y desempeñar una ocupación y que ésta le proporcionará un salario que a él le parece suficiente para sus necesidades presentes y futuras.

Desde que el joven no tiene suficiente experiencia para juzgar por sí mismo, la responsabilidad recae, naturalmente, en sus padres o tutores. La escuela no puede dirigirlo. Puede aconsejarlo, por cierto, pero si el joven ha pasado la edad límite de la educación obligatoria, la escuela no tiene ninguna autoridad ejecutiva sobre él, si desea abandonarla.

La responsabilidad recae, pues, en los padres, y éstos la eluden por dos razones: falta de razonamiento y falta de control. En el primer caso el padre juzga erróneamente por la idea de que su hijo está en condiciones de ganarse la vida: «Ya que a Juan no le gusta mucho la escuela podría ganar algo», dice complacientemente. Además, le agrada verse libre de la continua carga que para su bolsillo representa la ropa y los centavos que necesita el joven. Si el muchacho es honesto y trabajador, el padre siente
cierto orgullo en verle iniciar tan temprano su «camino en la vida». Apenas se le podía reprochar esta actitud, pues es, por lo común, un producto de las mismas faltas que caracterizan a su hijo: falta de razonamiento y previsión. Puede haber, sin embargo, algunos argumentos en su favor, pues Juan ha sido acaso, un perezoso en la escuela o sus gatos pueden haberse hecho sentir con exceso en los escasos medios de su padre.

Pero, debemos encarar el hecho de que decenas y decenas de alumnos, abandonan la escuela cada mes, sencillamente porque sus padres carecen de autoridad necesaria para obligarlos a continuar en ella. Es lamentable que centenares de muchachos de 12 a 14 años se hayan independizado tanto que sus propios padres no pueden obligarlos a asistir a la escuela contra su voluntad.

Creo que es a esta circunstancia que se deben, en su mayor parte, estas numerosas deserciones en las filas educacionales. «Esperábamos que Juan entraría en la escuela superior, decía con todo sentimiento una madre, pero él resolvió ir a trabajar en un taller mecánico». Y así Juan, cuyos padres anhelan que su educación se continúe, prefiere convertirse en un aprendiz de taller mecánico, con un salario de seis dólares por semana, y sus padres son incapaces de impedirlo. Parece que en nuestro tiempo, a diferencia del antiguo, los muchachos acostumbran tener en poca cuenta los deseos de sus padres y obran como mejor parece a su razonamiento inmaduro y mal guiado.

La responsabilidad, pues, de que los niños abandonen la escuela, recae, en su mayor parte, en el hogar mismo. La escuela no puede aspirar a presentar un curso de estudios suficientemente atrayente para retener al joven cuyo único deseo es conseguir una ocupación, y ganar dinero. Puede, y es lo que hace, ofrecer cursos que tengan un valor utilitario directo más tarde, cuando el joven empiece a trabajar en una profesión o un comercio, pero no puede conservar con ella al que prefiere una certidumbre presente a una perspectiva futura. Ni puede hacer obligatoria la asistencia, una vez que el joven tiene más de la edad escolar fijada por la ley. El niño mismo no merece reproche, desde que su inteligencia no está suficientemente desarrollada para conocer cuáles son sus mejores intereses.
Es en el hogar, por consiguiente, que hay que pensar; del hogar esperamos el remedio de los males que actualmente existen. La solución de estos problemas vendrá sin duda, de una mayor comprensión de parte de los padres, de una mayor cooperación entre los padres y la escuela, y una mejor educación de la disciplina y la obediencia de los niños.

Geoffrey F. Morgan.

La Higiene Dental

Cuando una peladilla de arroyo privó a don Quijote, en la batalla contra las manadas de ovejas y carneros, de varias piezas molares, reclamó la inspección digital de Sancho y dijo con pena:

—«En toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguíñón ni de reuma alguna; pero oyendo el desastroslo informe de su escudero, se juzgó desventurado y exclamó:—

«Más quisiera yo que me hubiesen derribado un brazo…… la boca sin muelas, es como un molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante.»

La higiene de la boca, en la actualidad, es de la mayor importancia, y el cuidado de los dientes debe imponerse a la niñez, como un precepto de ineludible cumplimiento, tanto en el hogar como en la escuela. No solo desde el punto de vista de la decencia personal y de la belleza del rostro humano es indispensable la higiene dental; sino, muy especialmente en lo que respecta a la salud, por cuanto los sarros y caries y la falta de dientes y muelas, pueden determinar algunas enfermedades. El señor Johán R. de la Pavia, ardoroso propugnandista de la higiene dental, ha hecho un reconocimiento científico en unos 250 niños de la escuela práctica anexa a la Normal de Profesores de Mé-